

VERUM CORPUS
LA PRESENCIA EUCARÍSTICA
EN EL DIÁLOGO ANGLICANO - CATÓLICO ROMANO

Tras la ruptura con la Sede de Roma en 1534 y la aprobación del Acta de Supremacía, por la que el rey Enrique VIII pasaba a ser la cabeza de la Iglesia en ese país (quien mantuvo la transustanciación como uno de los *Seis artículos de fe*)¹, la Iglesia anglicana mantuvo desde muy pronto relaciones ecuménicas con otras confesiones cristianas². El Movimiento de Oxford, en el siglo XIX, había procurado un acercamiento a la Iglesia católica, si bien la Bula *Apostolicae curae* (1896) de León XIII -en la que no se reconocía la validez de las ordenaciones anglicanas- enfrió las relaciones con Roma. Los encuentros entre anglicanos y católicos

1 Cfr. LLAMAS MARTÍNEZ, E., *El Anglicanismo. Origen, historia, mensaje*, Salamanca: Centro de Estudios orientales y ecuménicos Juan XXIII, 2003, 357-442; BLANCO, P., *Lutero. 500 años después. Breve introducción a la historia y la teología del protestantismo*, Madrid: Rialp, 2017, 96-100. Quisiera agradecer aquí la ayuda y las conversaciones mantenidas por Andrew Davison del *Corpus Christi College*, de Aidan Nichols de *Blackfriars*, de Catherine Pickstock de *Enmanuel College* y de Fr. Mark Langham de la *Catholic Chaplaincy* y antes en el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, todos ellos en la Universidad de Cambridge, así como de la comunidad anglicana de *Little Saint Mary*, donde uno de los autores fue amablemente acogido en mayo y junio de 2019.

2 En 1931 se firmó el Acuerdo de Bonn, por el que se establece la plena comunión entre la Comunión anglicana y las Iglesias veterocatólicas de la Unión de Utrech. En 1994 se formalizó la Comunión de Porvoo, que acordaba la plena comunión entre las Iglesias anglicanas y luteranas europeas. El acuerdo comenzó con cinco Iglesias europeas, pero en 2014 formaban ya parte de la Comunión dieciséis Iglesias. También existen diálogos ecuménicos con la Iglesia ortodoxa y con las Iglesias orientales ortodoxas (cfr. <https://www.anglicancommunion.org/relationships/ecumenical-dialogues.aspx>).

comenzaron en 1966, con la reunión mantenida en Roma entre el arzobispo de Canterbury Michael Ramsey y el papa Pablo VI, poco después de la conclusión del Concilio Vaticano II. En 1968 fue ya establecida la Comisión Internacional Anglicana - Católico Romana (conocida como ARCIC por sus siglas en inglés), a la que se han seguido frecuentes encuentros con los siguientes sucesores del obispo de Roma. Sin embargo, existen todavía algunos puntos de divergencia teológica³.

Entre uno de ellos se encuentra la «rúbrica negra» formulada por Cramner en 1552 (suprimida siete años después y restaurada de un modo matizado en 1562) en la que se negaba una «presencia real» de Jesucristo en la Eucaristía. Así, «la transustanciación no puede ser probada en las sagradas Escrituras -afirma el 28º de los *39 Artículos de religión* de 1563 -; por el contrario, repugna a los sencillos términos de la sagrada Escritura (*but repugnant to the plain words of the Scripture*), destruye la naturaleza del sacramento y ha sido causa de muchas supersticiones». De hecho, hasta Jorge V (1910-1936), el rechazo a la doctrina de la transustanciación se contenía en la fórmula de coronación. Todos los anglicanos afirman la presencia real de Jesucristo en la Santa Comunión, pero existen notables diferencias en el modo de entender esta presencia, que oscila entre el simbolismo y el metabolismo, el minimalismo protestante y la explicación católica, fundamentada en la doctrina de la transustanciación. «Hay que tener en cuenta también que los anglicanos, por lo general, han prescindido de precisar el modo de esa presencia», afirma Enrique Llamas, quien califica a este más adelante como el *punctum dolens* de la teología del sacramento⁴. Apreciamos así desde un primer momento un rechazo tanto de la doctrina católica de la transustanciación como de la luterana de la consustanciación. Por otra parte, el *Informe doctrinal de la Iglesia de Inglaterra* reconoce que la enseñanza actual que ofrecen los teólogos anglicanos resulta inconsistente, a menudo ambigua y tal vez

3 Los trabajos de esta Comisión se han realizado en tres fases, conocidas como ARCIC I (1970-1981), ARCIC II (1983-2011) y ARCIC III (desde 2011). En el seno de esa Comisión han tenido lugar fructíferos diálogos teológicos, que han dado lugar a la publicación de numerosos documentos.

4 LLAMAS MARTÍNEZ, E., *El Anglicanismo. Origen, historia, mensaje*, 293, 300.

intencionadamente indefinida: hablan así tan solo de una presencia no local y espiritual⁵.

Pasamos por tanto seguidamente en estas páginas a analizar documentos del diálogo teológico en sede ecuménica, en lo relativo a la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Trataremos así en primer lugar del texto sobre la *Doctrina sobre la Eucaristía* (Declaración de Windsor, 1971), con su consiguiente *Aclaración a la Declaración de Windsor* (Salisbury, 1979). Posteriormente, en relación con los anteriores textos, analizaremos las *Observaciones a la Relación Final de la Comisión Internacional Anglicana - Católico Romana*, ofrecida por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe (1982), y la *Respuesta de la Conferencia de Lambeth a la Relación Final de ARCIC I* (1988). Queda en cualquier caso claro a su vez que es necesario abordar la doctrina eucarística dentro del contexto de la eclesiología y la teología del ministerio⁶.

5 *Doctrine of the Church of England. The Reform of the Commission on Christian doctrine, appointed by the Archbishops of Canterbury and York*, London 1962, 178-183. Y continúa: «Anglicans generally: (1) hold the Eucharist to be the central act of worship, (2) understand the Eucharist as a liturgical action to be in some sense a sacrifice, (3) understand the Eucharist to bring about a real communion between Jesus and the members of his Body, and (4) reject transubstantiation and repetitive sacrifice as Anglicans have understood these to have been taught by Roman Catholics. Differences found among Anglicans involve: (1) the frequency of celebrating and attending Holy Communion, (2) the understanding of the sacrificial character of the Eucharist, and (3) the understanding of the real presence. The contemporary dialogue has led to the 1971 Windsor Statement which, by addressing the eucharistic questions in a way that seems to have been able to transcend the traditional disagreements, has asserted "substantial agreement" in Anglican-Roman Catholic eucharistic understanding» (sobre este particular puede verse también MC AFEE BROWN, R., *The Spirit of Protestantism*, Oxford-New York, O.U.P. 1961, 151-153; HERBERT, R., *Introducing Anglican Beliefs*, Westminster: Church House 1962, 59; SCOTT, D.A., «The Eucharist: an Anglican perspective», *Journal of Ecumenical Studies* 13 (1976/2) 224-230; NEILL, S., *El anglicanismo*, Madrid: Iglesia Española Reformada Episcopal 1986, 72-73, 94; HANSON, A., «A Conference on the Eucharist between Roman Catholics and Anglicans», *Questions Liturgiques/ Studies in Liturgy*, 69 (1988/2), 121-124; CROCKETT, W.R., «Holy Communion», en SYKES, S. - BOOTY, J., *The Study of Anglicanism*, London: Fortress 1988, 275-277; MCCABE, H., *God Matters*, London-New York: Continuum 2005).

6 También analizaremos los pasajes más importantes del documento *La Iglesia como comunión* (ARCIC II, 1990), y otros dos documentos elaborados por la Iglesia católica: la *Respuesta Católica a la Relación Final de la ARCIC I* (Congregación para la Doctrina de la Fe y por el Pontificio Consejo para la Unidad, en 1991), y el documento *Aclaraciones sobre ciertos aspectos de los acuerdos sobre Eucaristía y Ministerio de la ARCIC I* (1993). Por último, valoraremos las aportaciones realizadas por IARCCUM y ARCIC III.

Doctrina sobre la Eucaristía (Declaración de Windsor, 1971)

La *Declaración conjunta sobre la doctrina acerca de la Eucaristía* fue presentada por la Comisión Internacional Anglicana – Católico Romana fue fruto de la reunión que tuvo lugar en Windsor (Inglaterra) entre el 1 y el 8 de septiembre de 1971. Dicho documento fue presentado a las autoridades oficiales de las respectivas Iglesias, para que pudieran evaluar sus conclusiones⁷. La Declaración explica de la siguiente manera el misterio de la Eucaristía, centrado en la presencia sacramental del cuerpo y la sangre de Cristo, que se ofrece por nosotros a través del pan y del vino:

«La identidad de la Iglesia como cuerpo de Cristo es expresada y efectivamente proclamada por el hecho de estar centrada en su Cuerpo y Sangre, y participa de los mismos. El Señor crucificado y resucitado, de acuerdo con su promesa, se ofrece Él mismo al pueblo en toda la acción de la Eucaristía, en y por su presencia sacramental, dada a través del pan y vino»⁸.

También en el tercer apartado de este texto se habla más explícitamente de la presencia real y verdadera de Cristo en la Eucaristía:

«6. La comunión con Cristo en la Eucaristía presupone su verdadera presencia, eficazmente significada por el pan y el vino, los cuales, en este misterio, se convierten en su Cuerpo y su Sangre. La presencia real de su Cuerpo y Sangre, no obstante, sólo puede ser entendida dentro del contexto de la actividad redentora por la cual Él se entrega a sí mismo y para la reconciliación, paz y vida de cada uno consigo mismo [...]»

7. Cristo está presente y activo, de diversas maneras, en la celebración eucarística entera. Es el mismo Señor quien por la proclamación de su Palabra invita a su pueblo a su mesa; el que por su ministro preside esta mesa, y el que se da a sí mismo sacramentalmente en el Cuerpo y la Sangre de su sacrificio pascual. Es el Señor presente a la derecha del Padre, y por ello trascendiendo el orden sacramental, el que así ofrece a la Iglesia, en los signos eucarísticos, el don especial de sí mismo»⁹.

7 Cfr. COMISIÓN INTERNACIONAL ANGLICANA-CATÓLICO ROMANA, *Declaración conjunta sobre la doctrina acerca de la Eucaristía*, Introducción, en GONZÁLEZ MONTES, A. (ed.), *Enchiridion Oecumenicum, 1*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1986, 16. A partir de ahora, citaremos esta obra de referencia como GM I.

8 *Ibid.*, 3, en GM I, 17.

9 *Ibid.*, 6-7, en GM I, 18-19.

La Declaración contiene una nota a pie de página relevante. La transcribimos, porque a ella se hará referencia en documentos teológicos posteriores entre anglicanos y católicos, ya que no todos entenderán del mismo modo qué quiere decir la Iglesia católica con el término *transustanciación*.

«La palabra “transustanciación” es usada comúnmente en la Iglesia católica para indicar que Dios, actuando en la Eucaristía, efectúa un cambio en la realidad interna de los elementos. El término debería ser entendido como la afirmación del “hecho” de la presencia de Cristo y del misterioso y radical cambio que tiene lugar. En la teología católica contemporánea no es tomado como la explicación de “cómo” tiene lugar el cambio»¹⁰.

A continuación, la Declaración afirma que la presencia de Cristo en la Eucaristía es algo objetivo, que no depende de la fe de la persona. Sin embargo, dicha fe sí es necesaria para que el ofrecimiento que Cristo realiza tenga un efecto vivificante en quien se acerca a la Eucaristía:

«8. El Cuerpo y la Sangre sacramentales del Señor están presentes como un ofrecimiento al creyente que aguarda su venida. Cuando tal oferta es recibida con fe, tiene lugar un encuentro vivificante. Por la fe, la presencia de Cristo, que no depende de la fe del individuo para ser la real auto-oblación del Señor a su Iglesia, se convierte no sólo en una presencia “para” el creyente, sino también en una presencia “con” él. De esta forma, considerando el misterio de la presencia eucarística, debemos admitir tanto el signo sacramental de la presencia de Cristo como la relación personal entre Cristo y el fiel que surge de esta presencia»¹¹.

El documento señala que las palabras del Señor en la Última Cena invitando a tomar y comer su cuerpo vinculan necesariamente el don de la presencia y la comida sacramental; es decir, su Cuerpo y su Sangre no son solamente signos, sino que están realmente presentes y se nos ofrecen para que, recibéndolos, entremos en comunión con Él¹².

10 *Ibid*, nota 2, en GM I, 18. La afirmación realizada por esta nota no se ajusta plenamente a la realidad. Pocos años antes, en 1965, Pablo VI publicó la encíclica *Mysterium fidei*, donde se explica el significado del término transustanciación, a saber, el cambio por el cual, de manera objetiva, la sustancia del pan y del vino queda convertida en el cuerpo y la sangre de Cristo, permaneciendo tan sólo las especies (cfr. PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, 6: AAS 57 (1965), 766).

11 *Ibid*, 8, en GM I, 19.

12 Cfr. *ibid*, 9.

El texto hace a continuación referencia a cómo, por la oración consagratoria que contiene las palabras de Cristo dirigidas al Padre y por la acción del Espíritu Santo, se da una verdadera conversión del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo:

«10. De acuerdo con el orden litúrgico tradicional, la oración consecratoria (anáfora) conduce a la comunión del creyente. Por esta oración de acción de gracias, palabra de fe dirigida al Padre, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo por la acción del Espíritu Santo, de tal manera que en la comunión comemos la Carne de Cristo y bebemos su Sangre»¹³.

Aclaración (Salisbury, 1979)

Esta *Aclaración* es obra de la misma ARCIC que realizó la *Declaración conjunta sobre la doctrina acerca de la Eucaristía*, expuesta anteriormente. Es un documento de la máxima importancia en los diálogos teológicos entre anglicanos y católicos en cuanto a la Eucaristía se refiere. En ella se puntualizan cuestiones relativas a la presencia real y verdadera de Cristo en la Eucaristía y a la conversión que se da en ese sacramento. La *Aclaración* comenta la doctrina de la transustanciación, citada en la nota a pie de página de la Declaración de Windsor, y niega que en la conversión eucarística se dé un cambio físico-material en los elementos del pan y del vino, y también que la presencia de Cristo esté solamente en los dones consagrados:

«6. Se han levantado críticas a causa de la afirmación de que el pan y el vino se convierten (*become*) en el Cuerpo y Sangre de Cristo en la Eucaristía (*Doctrina Eucarística*, n. 10). La palabra convertirse (*become*) ha sido sospechosa de expresar una concepción materialista de la presencia de Cristo y a algunos les ha parecido que esto venía confirmado por la nota al pie de página sobre la palabra transustanciación, que también habla de cambio. Se teme que esto sugiera que la presencia de Cristo queda confinada a los elementos y que la Presencia Real conlleva un cambio físico en ellos»¹⁴.

¹³ *Ibid.*, 10.

¹⁴ Cfr. COMISIÓN INTERNACIONAL ANGLICANA-CATÓLICO ROMANA, *Aclaración*, 6, en GM 1, 23.

Seguidamente, la *Aclaración* pasa a explicar con detenimiento qué entiende por la conversión que se realiza en la consagración eucarística:

«El convertirse (*becoming*) no implica aquí cambio material. Ni el uso litúrgico de la palabra implica que el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y Sangre de Cristo de tal manera que en la celebración eucarística su presencia está limitada a los elementos consagrados. Esto no implica que Cristo se hace presente en la Eucaristía de la misma manera que él estaba presente en la vida terrena. No implica que este convertirse (*becoming*) siga las leyes físicas de este mundo»¹⁵.

El párrafo que viene a continuación es especialmente interesante, porque expresa de modo muy claro, en forma de preguntas y respuestas, qué ocurre en la conversión eucarística, de modo que el pan pasa a ser, tras la plegaria eucarística el Cuerpo de Cristo:

«Lo que aquí se afirma es una presencia sacramental en la que Dios usa realidades de este mundo para dar a entender las realidades de la nueva creación: el pan para esta vida se convierte en el pan de la vida eterna. Antes de la plegaria eucarística, a la pregunta ¿qué es esto? el creyente responde: “es pan”. Después de la plegaria eucarística, a la misma pregunta responde: “es verdaderamente el Cuerpo de Cristo, el pan de Vida”»¹⁶.

Recuerda que la finalidad de la Eucaristía es que los creyentes podamos acceder a los frutos de la redención, para irnos asemejando cada vez más a Jesucristo, a través de un contacto verdaderamente personal con Él, presente de modo sacramental con su Cuerpo y su Sangre¹⁷.

15 *Ibid*

16 *Ibid*, en GM I, 24.

17 «En la Eucaristía la persona humana encuentra en la fe a la persona de Cristo en su Cuerpo y Sangre sacramentales. Este es el sentido en el que la comunidad, cuerpo de Cristo, al compartir el Cuerpo sacramental del Señor resucitado, crece en la unidad que Dios quiere para su Iglesia. El cambio último querido por Dios es la transformación de los seres humanos a semejanza de Cristo. El pan y el vino se convierten (*become*) en el Cuerpo y Sangre sacramentales de Cristo para que la comunidad cristiana se pueda convertir, más verdaderamente de lo que ya es, en el cuerpo de Cristo» (*ibid*).

Observaciones a la Relación Final de la Comisión Internacional Anglicano - Católico Romana (1982)

La Congregación para la Doctrina de la Fe publicó una serie de observaciones al documento aprobado por ARCIC. Parte de los comentarios tienen que ver con la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Las consideraciones son ambivalentes: algunas afirmaciones le parecen muy satisfactorias; pero otras no expresan bien la fe de la Iglesia en cuanto a la conversión que se da en la Eucaristía:

«7. (2) *La presencia real.* Se aprecia con satisfacción que varias formulaciones afirman claramente la presencia real del Cuerpo y de la Sangre de Cristo en el sacramento. Por ejemplo, “antes de la plegaria eucarística, a la pregunta: ‘¿qué es esto?’ el creyente responde: ‘es pan’. Después de la plegaria eucarística, a la misma pregunta responde: ‘es verdaderamente el Cuerpo de Cristo, el Pan de la Vida’” (*Aclaración*, Salisbury, n. 6; cf. también *Declaración de Windsor*, nn. 6 y 10).

Sin embargo, ciertas formulaciones, especialmente las que procuran expresar la realización de esta presencia, no parecen indicar adecuadamente lo que la Iglesia entiende por “*transubstanciación*”¹⁸.

El documento recuerda la doctrina aprobada por Trento, que enseña que en la Eucaristía se da un admirable y único cambio de la totalidad de la sustancia del pan en el cuerpo del Señor, y de la totalidad de la sustancia del vino en su sangre, permaneciendo únicamente las especies del pan y del vino¹⁹. En efecto, la formulación de la *Relación Final* de la ARCIC podría ser interpretada como consustanciación, por la cual permanece la sustancia del pan y el vino junto con el Cuerpo y la Sangre de Cristo²⁰.

18 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Observaciones a la Relación Final de la Comisión Internacional Anglicano - Católico Romana*, 7, en GM I, 958.

19 Cfr. *ibid.*

20 «Es cierto que la declaración de Windsor dice, en una nota a pie de página, que esto debe entenderse como “un cambio misterioso y radical” efectuado por “un cambio en la realidad interna de los elementos”. Pero la misma declaración habla en otro lugar (n. 3) de una “presencia sacramental a través del pan y del vino”, y en la *Aclaración* (n. 6 b) se dice: “Su Cuerpo y su Sangre son dados por la acción del Espíritu Santo, que se apropia del pan y del vino, de tal manera que se convierten en el alimento de la nueva creación”. Encontramos asimismo las expresiones “la asociación de la presencia de

De hecho, el documento recuerda el texto de la Relación de las Conversaciones internacionales Anglicano-Luteranas 1970-1972, que fueron autorizadas tanto por la Conferencia de Lambeth como por la Federación Luterana Mundial, en las que se afirmaba que tras la consagración eucarística, y también en la comunión, el pan y el vino siguen siendo pan y vino, a la vez que se convierten en medio a través del cual Cristo mismo, verdaderamente presente, se entrega a los que comulgan. Por todo lo cual, concluye la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, el acuerdo sustancial presentado por la ARCIC necesita recibir nuevas precisiones en un futuro²¹.

Respuesta de la Conferencia de Lambeth a la Relación Final de ARCIC I (1988)

La Conferencia de Lambeth, por su parte, encuentra que la *Relación Final* de ARCIC I expresa de modo satisfactorio la doctrina anglicana sobre la Eucaristía:

«Las Provincias dieron un claro “sí” a la declaración sobre la Doctrina Eucarística. Se hicieron algunos comentarios sobre el estilo y el lenguaje usado en la declaración, considerados inapropiados para ciertas culturas. Algunas Provincias pidieron aclaraciones sobre el significado de *anamnesis* y sobre que el pan y el vino “se convierten” en el cuerpo y la sangre de Cristo. Pero ninguna Provincia rechazó la Declaración y muchas fueron muy positivas respecto a ella»²².

Cristo con los elementos consagrados” (n. 7) y “la asociación de la presencia sacramental de Cristo con el pan y el vino consagrados” (n. 9). Estas formulaciones podrían ser interpretadas de forma que, después de la plegaria eucarística, el pan y el vino permanecen tales en su sustancia ontológica, aun cuando constituyan la mediación sacramental del Cuerpo y la Sangre de Cristo» (*ibid.*, en GM 1, 958-959).

21 Cfr. *ibid.*

22 «The Provinces gave a clear “yes” to the statement on Eucharistic Doctrine. Comments have been made that the style and language used in the statement are inappropriate for certain cultures. Some Provinces asked for clarification about the meaning of *anamnesis* and bread and wine “becoming” the body and blood of Christ. But no Province rejected the Statement and many were extremely positive [...]. While we respect continuing anxieties of some Anglicans in the area of “sacrifice” and “presence”, they do not appear to reflect the common mind of the Provincial responses, in which it was generally felt that the *Elucidation of Eucharistic Doctrine* was a helpful clarification and reassurance. Both are areas of “mystery” which ultimately defy definition. But the Agreed Statement on the Eucharist sufficiently expresses Anglican understanding».

La Conferencia de Lambeth, en la resolución octava de este mismo documento reconocía que la *Relación Final* de la ARCIC I estaba sustancialmente en consonancia con la doctrina anglicana, y suponía una base suficiente para continuar caminando hacia la una reconciliación entre la Iglesia anglicana y la Iglesia católica basada en la unidad en la fe²³.

La Iglesia como Comunión (1990)

La Comisión Internacional Anglicana - Católico Romana continuó su labor en 1983, y pasó a ser conocida como ARCIC II. Entre los documentos aprobados por ella, el titulado *La Iglesia como Comunión* trata en algunas ocasiones sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Uno de los puntos del texto hace un recorrido por la historia de la redención obrada por Dios en su hijo Jesucristo, revelada en la Sagrada Escritura, y concluye afirmando que en la Eucaristía los creyentes se hacen un mismo cuerpo con Cristo, participando de su Cuerpo y su Sangre²⁴. Poco después, afirma que la comunión eclesial solamente es posible por la realidad de la presencia de Cristo en la Eucaristía:

«Esta descripción [de la Iglesia como único cuerpo de Cristo] está totalmente vinculada a la presencia de Cristo en la Eucaristía. Quienes participan en la cena del Señor constituyen un solo cuerpo en Cristo porque todos ellos participan del único pan (1 Cor 10, 16-17)»²⁵.

En el siguiente epígrafe, el documento relaciona la comunión que se da entre los creyentes con la sacramentalidad y la

(LAMBETH CONFERENCE, *Response to the Final Report of ARCIC I*, en http://www.pro-unione.urbe.it/dia-int/arcic/doc/i_arcic_angresponse.html). La traducción parcial de la cita en el texto principal es nuestra.

²³ Cfr. *ibid*.

²⁴ Cfr. COMISIÓN INTERNACIONAL ANGLICANA-CATÓLICO ROMANA, *La Iglesia como Comunión*, 8, en GONZÁLEZ MONTES, A. (ed.), *Enchiridion Oecumenicum*, 2, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1993, 24. A partir de ahora, citaremos esta obra de referencia como GM II.

²⁵ *Ibid*, 14, en GM II, 25-26.

eclesialidad, pero no vuelve a referirse –como resulta lógico– al modo de presencia²⁶.

Respuesta a la Relación Final de la ARCIC I (1991)

Cuando la Comisión Anglicana – Católico Romana publicó la *Relación Final* en 1981, indicó que la confiaba a la Comunión anglicana y a la Iglesia católica para su estudio y valoración. Por fin, en 1991, la Iglesia católica, a través de la Congregación para la Doctrina de la Fe y del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad, publicó esta *Respuesta a la Relación Final de la ARCIC I*, donde, pese a reconocer y agradecer el gran trabajo realizado, expone algunos puntos que a su juicio no satisfacen plenamente determinados elementos de la fe católica y, por tanto, impiden valorar la *Relación Final* como un acuerdo doctrinal sustancial. Para empezar, la *Respuesta* valora positivamente los acuerdos habidos tanto en la dimensión sacrificial de la Eucaristía como en la aceptación de la presencia real y verdadera de Cristo²⁷. Sin embargo, más adelante, el documento habla sobre las cuestiones que todavía necesitan ser mejor precisadas para llegar a un acuerdo doctrinal:

«Las afirmaciones de que la Eucaristía es “la real auto-oblación del Señor a su Iglesia” (*Eucaristía*, n. 8), y que el pan y el vino “se convierten en el Cuerpo y Sangre de Cristo” (*Eucaristía: Aclaración*, n.6) pueden ciertamente ser interpretadas en conformidad con la fe católica. Sin embargo, son insuficientes para suprimir toda ambigüedad con relación al modo de la presencia real, debida a un cambio sustancial en los elementos. La Iglesia católica sostiene que Cristo en la Eucaristía se hace presente sacramental y sustancialmente, cuando bajo las especies de pan y de vino estas realidades terrenas se transforman en la realidad de su Cuerpo y Sangre, alma y divinidad»²⁸.

26 La Iglesia es vista como el lugar donde se hacen presentes las riquezas que Dios nos ha regalado. Ella nos da a conocer el misterio de Cristo, y a la vez lo encarna, puesto que es cuerpo de Cristo. Dentro de la Iglesia, los fieles participan del único Cuerpo de Cristo mediante la fracción del pan. En definitiva, se señala a la Iglesia como medio necesario querido por Dios para la comunión de los hombres con Dios y entre sí (cfr. *ibid.*, 17, en GM II, 27).

27 Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE Y PONTIFICIO CONSEJO PARA LA UNIDAD, *Respuesta a la Relación Final de la ARCIC I*, en GM II, 793-794.

28 *Ibid.*, en GM II, 798.

Está claro que la *Respuesta a la Relación Final* echa en falta una formulación más precisa sobre el modo de presencia de Cristo en la Eucaristía, que no pueda ser interpretada como una consustanciación²⁹.

Aclaraciones sobre ciertos aspectos de los acuerdos sobre Eucaristía y Ministerio de la ARCIC I (1993)

Este documento fue publicado por la ARCIC II, en respuesta al requerimiento que se hacía en el documento *Respuesta Católica a la Relación Final de la ARCIC I*, de 1991, comentado en el apartado anterior. Uno de los cuatro puntos sobre los que se había requerido una mayor precisión para llegar a un acuerdo doctrinal sobre la Eucaristía es el relativo a la presencia sacramental y sustancial de Cristo bajo las especies de pan y vino, cuya realidad es cambiada en la del cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor³⁰.

ARCIC II examinó la enseñanza del Concilio de Trento, recogida por el *Catecismo de la Iglesia católica*, y llegó a la conclusión de que en el Tridentino se afirmaba que el alma y la divinidad de Cristo están presentes junto con su cuerpo y su sangre, pero en ningún momento se hablaba de la conversión del pan y del vino en el alma y la divinidad del Señor. El alma está presente por natural concomitancia con el cuerpo y la sangre, y la divinidad está presente en virtud de la unión hipostática. Afirma además que, en la nota a pie de página de la *Relación Final*, ARCIC I deja claro que en ningún caso rechaza la creencia de que Dios, actuando en

29 Esto ya había sido puesto de manifiesto por el documento de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe cuando publicó sus *Observaciones a la Relación Final* en 1982, como se señaló más arriba.

30 Cfr. ARCIC II, *Clarifications of certain aspects of the agreed statements on Eucharist and Ministry*, en http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/chrstuni/angl-comm-docs/rc_pc_chrstuni_doc_199309_clarifications-arcici_en.html. Los otros tres puntos hacían referencia al vínculo esencial del memorial eucarístico con el único sacrificio de Cristo, que se hace presente sacramentalmente; a la naturaleza propiciatoria del sacrificio eucarístico que puede ser ofrecido también por los difuntos; y a la adoración de Cristo en el sacramento reservado.

la Eucaristía, efectúa un cambio en la realidad íntima de los elementos³¹.

El presente documento desea clarificar las afirmaciones de la *Relación Final* para que no sean interpretadas de manera ambigua, y hace un esfuerzo por sujetarse a lo que el Concilio de Trento enseñó sobre la presencia real, verdadera y sustancial de Cristo en la Eucaristía³². Sin embargo, ARCIC II no es totalmente preciso cuando afirma que Pablo VI considera legítimo expresar con nuevas palabras lo que ocurre en la conversión eucarística, con tal de que digan lo mismo que el término «transustanciación» quiere expresar; tan solo quería manifestar la fundante dimensión ontológica sobre la simbólica y significativa³³. Por último hemos de

31 «The Holy See's *Response* gladly recognises our agreement with regard to the real presence of Christ [...]. It only asks for some clarification to remove any ambiguity regarding the mode of the real presence. The *Response* speaks of the earthly realities of bread and wine being changed into "the reality of his Body and Blood, Soul and Divinity". In its preparatory work the Commission examined with care the definition of the Council of Trent (DS 1642, 1652), repeated in the *Catechism of the Catholic Church* (1992) (n. 1376). Though the Council of Trent states that the Soul and Divinity of Christ are present with his body and blood in the eucharist, it does not speak of the conversion of the earthly realities of bread and wine into the Soul and Divinity of Christ (DS 1651). The presence of the Soul is by natural concomitantia and the Divinity by virtue of the hypostatic union. The *Response* speaks of a 'substantial' presence of Christ, maintaining that this is the result of a substantial change in the elements. By its footnote on transubstantiation the Commission made clear that it was in no way dismissing the belief that "God, acting in the eucharist, effects a change in the inner reality of the elements"... and that a mysterious and radical change takes place» (*ibid*).

32 «Paul VI in *Mysterium Fidei* (AAS 57, 1965) did not deny, the legitimacy of fresh ways of expressing this change even by using new words, provided that they kept and reflected what transubstantiation was intended to express. This has been our method of approach. In several places the *Final Report* indicates its belief in the presence of the living Christ truly and really in the elements. Even if the word "transubstantiation" only occurs in a footnote, the *Final Report* wished to express what the Council of Trent, as evident from its discussions, clearly intended by the use of the term» (*ibid*).

33 Transcribimos el pasaje de la encíclica *Mysterium fidei* al que ARCIC II hace referencia, en el cual se puede apreciar cuál era la mente de Pablo VI al hablar de esta cuestión: «Efectivamente, aunque se salve la integridad de la fe, es también necesario atenerse a una manera apropiada de hablar no sea que, con el uso de palabras inexactas, demos origen a falsas opiniones —lo que Dios no quiera— acerca de la fe en los más altos misterios [...]». La norma, pues, de hablar que la Iglesia, con un prolongado trabajo de siglos, no sin ayuda del Espíritu Santo, ha establecido, confirmándola con la autoridad de los concilios, norma que con frecuencia se ha convertido en contrasena y bandera de la fe ortodoxa, debe ser religiosamente observada, y nadie, a su propio arbitrio o so pretexto de nueva ciencia, presume cambiarla [...]. Del mismo modo no se puede tolerar que cualquiera pueda atentar a su gusto contra las fórmulas con que el Concilio Tridentino ha propuesto la fe del misterio eucarístico [...]». Verdad es que dichas

señalar que este texto afirma que la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo continúa tras la celebración eucarística. ARCIC II reconoce que algunos teólogos anglicanos tienen dificultades con ciertas devociones eucarísticas llevadas a cabo por los fieles católicos, porque a su juicio pueden oscurecer la verdadera finalidad de la Eucaristía. Sin embargo, la Comisión asegura que esos autores no niegan la permanencia de la presencia real y verdadera de Cristo en el Santo Sacramento³⁴.

Aportaciones de IARCCUM y ARCIC III

En 2000, el arzobispo de Canterbury, George Carey, y el presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, el cardenal Edward Cassidy, convocaron una conferencia en Canadá para discernir acerca del progreso realizado por las conversaciones teológicas entre católicos y anglicanos, comenzadas hacía cuarenta años. Allí nació la Comisión Internacional Anglicana – Católico Romana para la Unidad y la Misión (IARCCUM). Esta nueva Comisión publicó en 2007 un documento titulado *Creciendo juntos en la Unidad y la Misión*. Este documento, al describir cómo ambas Iglesias sostienen una fe común, dedica un apartado a la Eucaristía. En el texto se afirma que tanto anglicanos como católicos profesan que la comunión visible con el cuerpo de Cristo, comenzada en el Bautismo, es alimentada,

fórmulas se pueden explicar más clara y más ampliamente con mucho fruto, pero nunca en un sentido diverso de aquel en que fueron usadas, de modo que al progresar la inteligencia de la fe permanezca intacta la verdad de la fe» (PABLO VI, Enc. *Mysterium fidei*, 3: AAS 57 (1965), 757-758).

34 «Reservation of the Blessed Sacrament is practised in both our churches for communion of the sick, the dying and the absent. The fear expressed in the *Response* that a real consensus between Anglicans and Roman Catholics is lacking concerning the adoration of Christ's sacramental presence requires careful analysis. Differences in practice do not necessarily imply differences in doctrine, as can be seen in the case of East and West [...]. Obviously the distinction between faith and practice is especially pertinent here. We recognized the fact that some Anglicans find difficulty with these devotional practices because it is feared that they obscure the true goal of the sacrament. However, the strong affirmation that "the Christ whom we adore in the Eucharist is Christ glorifying the Father" (*Elucidations*, 8) clearly shows that in the opinion of the authors of the document there need be no denial of Christ's presence even for those who are reluctant to endorse the devotional practices associated with the adoration of Christ's sacramental presence» (*ibid.*).

profundizada y expresada en la Eucaristía, cuando los fieles comen y beben el cuerpo y la sangre de Cristo³⁵.

La Comisión señala que hay acuerdo en considerar que en la celebración el único sacrificio de Cristo se hace presente a nosotros³⁶. Seguidamente, el documento trata sobre la fe común de anglicanos y católicos en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, y afirma que la real comunión con Cristo muerto y resucitado presupone su verdadera presencia. Son citadas la *Declaración* de Windsor (1971) y la *Aclaración* de Salisbury (1979):

«41. Anglicanos y católicos creemos en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. La comunión real con Cristo crucificado y resucitado presupone su presencia real, la cual es “eficazmente significada por el pan y el vino, los cuales, en este misterio, se convierten en su cuerpo y su sangre” (*Doctrina sobre la Eucaristía*, 6)»³⁷.

Por otro lado, el texto declara que la presencia real de Cristo en la Eucaristía no depende de la fe individual del creyente, sino del poder del Espíritu Santo, a quien la Iglesia invoca en la liturgia para recibir la donación real del mismo Señor. La fe, sin embargo, es necesaria para que pueda darse un verdadero encuentro personal con Cristo. Se afirma que el pan y el vino se convierten sacramentalmente en el cuerpo y la sangre de Cristo para que la comunidad cristiana pueda pasar a ser más verdaderamente lo que realmente es: el cuerpo de Cristo³⁸.

35 «The visible communion of Christ's body, entered through baptism, is nourished, deepened, and expressed in the eucharistic communion when believers eat and drink and receive the body and blood of Christ. When his people are gathered at the Eucharist to commemorate Christ's saving acts for our redemption, he makes present and effective among us the eternal benefits of his victory and elicits and renews his people's response of faith, thanksgiving and self-surrender. The identity of the Church as Christ's body is expressed and visibly proclaimed by its being centred in the partaking of Christ's body and blood in the Eucharist» (IARCCUM, *Growing together in Unity and Mission*, 39, en http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/chrstuni/angl-comm-docs/rc_pc_chrstuni_doc_20070914_growing-together_en.html).

36 Cfr. *ibid.*, 40.

37 «41. Anglicans and Catholics believe in the real presence of Christ in the Eucharist. The real communion with Christ crucified and risen presupposes his true presence, which is “effectually signified by the bread and wine which, in this mystery, become his body and blood.” (Eucharistic Doctrine, 6)» (*ibid.*, 41). La traducción de la cita en el texto principal es nuestra.

38 Cfr. *ibid.*, 42.

En 2011 comenzó a trabajar ARCIC III. Hasta la fecha solamente ha aprobado un documento, en 2018, titulado *Caminando juntos por el camino: aprendiendo a ser Iglesia – Local, Regional y Universal*. El texto afirma que la comunión eclesial alcanza su plenitud en la celebración de la Eucaristía, donde se hace presente sacramentalmente el entero misterio de salvación, y donde el Señor muerto y resucitado se nos ofrece, instruyéndonos con su Palabra y alimentándonos con su mismo ser. Se pone en conexión la presencia de Cristo en la Eucaristía con la comunión de la Iglesia³⁹. En la misma línea, se afirma que, en la Eucaristía, la Iglesia encuentra a Cristo y se revela a sí misma. Efectivamente, la participación eucarística no es algo individual sino eclesial: todos los que participamos en el cuerpo y en la sangre de Cristo nos hacemos un solo cuerpo con Él. Porque Cristo, resucitado y ascendido al cielo, está presente en la Eucaristía, y así reside de continuo en su Iglesia⁴⁰. Por último, el texto asegura que la Eucaristía intensifica el deseo de unidad entre los cristianos, pues anhelamos compartir una misma mesa en torno al Señor⁴¹.

Al finalizar nuestro recorrido por los diálogos teológicos entre anglicanos y católicos, queremos recordar que el papa

39 «We believe that “in the whole action of the eucharist ... the crucified and risen Lord, according to his promise offers himself to his people” (ED §3). The entire celebration of the eucharist makes “sacramentally present the whole mystery of salvation” (ED §7). Here, through the power of the Spirit, Christ instructs us with his Word and feeds us with his very self. For both traditions, to participate in the eucharist is to be nourished by and taken more deeply into Christ’s own life: “Its purpose is to transmit the life of the crucified and risen Christ to his body, the Church, so that its members may be more fully united with Christ and with one another” (ED §6)» (ARCIC III, *Walking together on the Way*, 58, en http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/chrstuni/angl-comm-docs/rc_pc_chrstuni_doc_20180521_walking-together-ontheway_en.pdf).

40 «59. As in baptism, eucharistic participation in Christ is not merely individualistic but is necessarily collective and eclesial: ‘The cup of blessing that we bless, is it not a sharing [koinonia] in the blood of Christ? The bread that we break, is it not a sharing [koinonia] in the body of Christ? Because there is one bread, we who are many are one body, for we all partake of the one bread’ (1 Cor 10.16–17). The eucharist celebrates and affirms the traditional understanding of the identity of the entire Church as born from the blood (signifying the eucharist) and water (signifying baptism) that flowed from the side of the crucified Christ (Jn 19.34). Furthermore, the risen and ascended Christ, present in the eucharist, always resides within the Church which is his Spirit-filled, charism-endowed body (1 Cor 12–14). In the eucharist, the Church both meets Christ and is there disclosed to itself» (*ibid.*, 59).

41 Cfr. *ibid.*, 60-61.

Francisco y el arzobispo de Canterbury Justin Welby firmaron una *Declaración Conjunta* el 5 de octubre de 2016 en la cual se alegraban por el trabajo teológico conjunto realizado por la AR-CIC, que ha permitido el progreso en un entendimiento común de la fe profesada. El papa y el arzobispo de Canterbury daban gracias a Dios por los cincuenta años de amistad entre católicos y anglicanos, comenzados en Roma, con el encuentro entre el Pablo VI y el arzobispo Michael Ramsey⁴².

Dos aproximaciones

Una vez visto el problema que subyace, abordemos algunas perspectivas particulares para profundizar en posibles explicaciones. En primer lugar, Elisabeth Ascombe (1919-2001), catedrática de ética filosófica de la Universidad de Cambridge, escribió en 1992 una profundización sobre la presencia eucarística de interés, teniendo en cuenta también sus orígenes anglicanos⁴³. Aludía en primer lugar al *nexus mysteriorum*: «La adoración que aprendemos a tributar en la consagración lleva consigo implícitamente la creencia en la divinidad y en la resurrección del Señor. Y si creemos en su divinidad y en su resurrección, entonces debemos adorar lo que está allí sobre el altar»⁴⁴. Divinidad y resurrección como claves interpretativas, por tanto.

Cuando hablamos de transustanciación, añade, «las palabras de Cristo, por el poder otorgado al sacerdote que las usa en su lugar, han cambiado el pan de tal manera que no sigue estando

42 Cfr. FRANCISCO y WELBY, J., *Declaración Conjunta*, en http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/chrstuni/angl-comm-docs/rc_pc_chrstuni_doc_20161005_dichiarazione-comune_en.html. En dicho encuentro constataban también que se abren nuevos desafíos para lograr la plena unidad tan deseada, como son los relativos a la ordenación de mujeres y a las cuestiones más recientes relacionadas con la sexualidad humana. Sin embargo, continuaban, esas diferencias no deben impedir el mutuo reconocimiento como hermanos que son capaces de reunirse en la alabanza y en la oración a Dios, puesto que compartimos una fe común, y un acuerdo sustancial sobre el contenido de dicha fe. Además, debe ofrecerse al mundo un testimonio común con el trabajo conjunto a favor de la entera humanidad, buscando la paz y la convivencia y velando especialmente por los más débiles.

43 «Sobre la transustanciación», *Scripta Theologica* 24 (1992/2) 603-611.

44 *Ibid.*, 604.

ahí (ni la materia de la que estaba hecho), sino que –en su lugar– está el cuerpo de Cristo»⁴⁵. Insiste así en que no se trata sin más de «una figura del lenguaje», ni al «modo “dimensivo” de estar en un lugar», siguiendo así la doctrina del *illoaliter*. En efecto, «considerado dimensivamente, un millar de tales lugares diversos [donde Jesucristo está realmente presente] puede ser comparado a un millar de trozos de espejo, de los que cada uno refleja un solo cuerpo completo, que es mucho mayor que cualquier de ellos pero que no se desplaza dimensivamente» o localmente. Cuando miramos a un determinado lugar donde está Jesús-Eucaristía estamos mirando al «lugar donde *Eso* está: un lugar en el cielo». La dimensión escatológica vuelve a ser así una referencia y una clave de interpretación⁴⁶.

De modo parecido Catherine Pickstock (n. 1952), filósofa y teóloga anglicana del *Enmanuel College* de Cambridge, ofreció en 1997⁴⁷ una profundización sobre el concepto de transustanciación «más allá de la presencia y de la ausencia», pues «el signo eucarístico es capaz de burlar la distinción entre ausencia y presencia, entre muerte y vida»⁴⁸. Tras aludir al origen litúrgico de la Iglesia, señalaba que «la prelación de lo “real” sobre lo meramente “simbólico” genera la tendencia a concebir la Eucaristía como un signo que oculta un significado que también está presente». Ambas

45 *Ibid.*, 605.

46 *Ibid.*, 606. A lo que añade más adelante: «parecía como si solo la creencia católica fuera extravagante, ¡mientras que los protestantes tenían un proceso completamente razonable de comer *simbólicamente* el cuerpo de Cristo y beber su sangre!» (*ibid.*, 608). Tras despejar la duda de una doctrina con contenido de tipo antropofágico, Ascombe recordaba la naturaleza también simbólica de la Eucaristía, pero que ha de culminar en una presencia real: «si comiéramos su cuerpo solo simbólicamente (y no realmente), nuestra acción sería el símbolo de un símbolo, mientras que si comiésemos literalmente su cuerpo, nuestra acción sería un símbolo directo» (*ibid.*, 609).

La filósofa de Cambridge rechazaba así de igual modo el concepto de transignificación aislado de la transustanciación. Así, el significado de «esto es mi cuerpo» es distinto de las afirmaciones jesuanas «yo soy el camino» o «yo soy la vida». Termina en fin la filósofa analítica de Cambridge aludiendo a la eclesiología eucarística, que sin embargo se mantiene a nivel metafórico: «El “cuerpo místico de Cristo”, que llamamos la Iglesia, es un *cuerpo* en figura o metáfora» (*ibid.*, 610).

47 *After writing: On the liturgical Consummation of Philosophy*, Hoboken: Wiley-Blackwell 1997; tr. esp.: *Más allá de la escritura. La consumación litúrgica de la filosofía*, Barcelona: Herder 2005.

48 *Ibid.*, 333.

dimensiones –simbólica y ontológica– han de considerarse pues de modo inseparable. De aquí pasa la filósofa del lenguaje a defender el término transustanciación, bastante ausente – como hemos visto– en la tradición anglicana, «porque la Eucaristía pasa a ser verdaderamente decadente cuando se hipostatiza como una cosa o un signo separado de la acción eclesial y extática»⁴⁹, es decir, cuando se debilita ontológicamente o cuando se separa de la acción litúrgica y eclesial. Se trata por tanto de una presencia viva y personal.

Pretende así expresar el contenido de las palabras de Jesús («esto es mi cuerpo») con categorías y términos contemporáneos. La doctrina de la transignificación supondría, por el contrario, una subjetivización de la presencia eucarística. Para Pickstock, la clave estaría en no separar ser y tiempo (o sujeto), pues –superando una interpretación dialéctica– aquel podría revelarse en este. Esa presencia manifestada en la transustanciación ha de relacionarse con un acontecimiento anterior, con el que la autora quiere evitar quedar prisionera de las categorías heideggerianas o nihilistas en última instancia⁵⁰.

La fórmula de la transustanciación expresa pues que hay una presencia del mismo Cristo, al mismo tiempo que una ausencia de su propia apariencia. «Puede mirarse el pan por igual con certeza y con incertidumbre: con la incertidumbre que se deriva de la discontinuidad empírica absoluta entre cuerpo y pan, entre sangre y vino; y con la certeza absoluta de fe que juzga que el cuerpo de Cristo está presente y es inseparable del pan y del vino»⁵¹. Es lo que Pickstock llama «escepticismo eucarístico», tan lejano tanto del racionalismo como del nihilismo. Al mismo tiempo recuerda la dimensión igualmente simbólica de las especies eucarísticas: «Es necesario que su carácter de cosas limitadas se disloque, que señalen más allá de ellas mismas de manera significativa». En efecto, «como

49 *Ibid.*, 335.

50 *Ibid.*, 336.

51 *Ibid.*, 338.

cosas, el pan y el vino ocultan el cuerpo y la sangre, pero como signos los revelan»⁵².

La teóloga inglesa revisa aquí de nuevo la doctrina tomista de la transustanciación, posterior sin embargo en el magisterio eclesiástico. «Quedan solo las apariencias de pan y de vino, ya que se sustentan ahora en una contingencia pura», dice reformulando la doctrina del *sine subjecto*. Son «accidentes de libre flotación», que «se sostienen por su participación como cosas creadas concretas y contingentes del *esse* del cuerpo humano transfigurado divinamente al que están unidos»⁵³. Extiende igualmente las consecuencias al ámbito lingüístico y afirma de modo profundo y sugerente: «las palabras de la consagración “esto es mi cuerpo”, lejos de ser problemáticas en cuanto a su significado, *son las únicas palabras que tienen realmente significado, y prestan ese significado a las palabras restantes*»⁵⁴. La presencia eucarística se convertiría así en el analogado principal de cualquier otra presencia real, en continuidad con la analogía del ser presente en las cosas creadas.

Y de esta manera pasamos de la dimensión simbólica a la metabólica propia de la presencia real: «La fusión pan/cuerpo es un caso de signo tan extremo que no es ya signo sino que hace que todos los demás signos existan. Esta fusión es una “cosa” no un signo, pero se convierte en signo al sernos dada»⁵⁵. Ambas dimensiones –simbólica y ontológica– resultan simultáneas e inseparables. La condición de don la convierte también en símbolo y recuerdo de su presencia contenida en las especies eucarísticas, expresa la teóloga de modo compatible con la semiótica de la representación significativa. «La transustanciación salva el significado del signo (y nuestra percepción común de que *hay* significado) porque los elementos de la incertidumbre permanecen pero se identifica con una presencia corporal»⁵⁶.

52 *Ibid.*, 339-340.

53 *Ibid.*, 341.

54 *Ibid.*, 344. El subrayado es de la autora.

55 *Ibid.*

56 *Ibid.*, 345.

Rechaza una vez más una semiótica con trasfondo nihilista («sin fe, Derrida está en lo cierto»), mientras propone un desarrollo logocéntrico. Fundamenta en fin toda esta aparente paradoja metafísica en el misterio de la resurrección: «el cuerpo resucitado es un cuerpo completamente *impartido*, transmutado en una serie de signos»⁵⁷. En la resurrección de Jesucristo no solo se resuelve el imposible nudo entre tiempo y eternidad, sino entre la presencia y la ausencia que hemos señalado. He aquí la clave. En definitiva, Pickstock viene a decir que la transustanciación podría así ser reformulada, en íntima sintonía con Tomás de Aquino (no habla del Lateranense IV ni de Trento), según modernas categorías filosóficas, sin por eso renegar de otras formulaciones anteriormente formuladas.

Dos años más adelante⁵⁸, la teóloga de Cambridge nos volvía a ofrecer una nueva profundización sobre el tema, en la que también confrontaba fuentes posmodernas, deconstruccionistas y de todo tipo, que sin embargo pretende trascender y superar en una línea ontológica. Partiendo en este caso de Pascal, propone situar el problema dentro de su «paisaje» (*landscape*); afronta y confuta así la visión puramente simbólica de origen calvinista, que entiende el «esto es mi cuerpo» en sentido exclusivamente metafórico. Pascal pretendía así superar el nominalismo y el empirismo. En efecto, siguiendo esta pista, Pickstock propone encontrar «la mayor inagotabilidad de significado» y superar «el problema de la pura indeterminación de sentido». Aplica entonces la categoría derrideana de *différance*, que trascendería lo simbólico y apuntaría a una presencia, que sin embargo nunca llegaría del todo; pero a la vez pretende recalcar en el término «transustanciación», en el que se unen «presencia y ausencia, vida y muerte, continuidad y discontinuidad».

Además, la teóloga de Cambridge recuerda con De Lubac que la Eucaristía es inseparable de la Iglesia, idea en la que insiste con frecuencia. Y sintetiza más adelante: «En resumen, la clave para

⁵⁷ *Ibid.*, 348.

⁵⁸ «Thomas Aquinas and the Quest for the Eucharist», *Modern Theology* (April 1999) 159-180.

superar la dicotomía entre ausencia y presencia en la Eucaristía está en la “lógica” –si se puede utilizar este término– del *misterio* el cual, según las disputas (*negotiations*) patristicas en torno a la palabra *mysterion*, implica una *aportación (arrival)* positiva pero no fetichista en la que los signos participan esencialmente, sin agotar, en lo que contiene tal misterio en virtud de una plenitud trascendente que integra a la perfección presencia y ausencia»⁵⁹.

Simbolismo y ontologismo se unen en el misterio eucarístico, el cual ofrece a su vez signos de presencia y ausencia. El problema reside sin embargo –intentamos comprender– en si la afirmación de la presencia real por antonomasia resulta suficientemente clara y explícita (prioritaria), superando el ámbito de lo meramente simbólico. En cualquier caso, Pickstock insiste en relacionar lo simbólico y lo real, buscando una complementariedad entre ambos, como lo son el cuerpo eclesial y el cuerpo eucarístico de Cristo, donde el primero supone una presencia «mística» y el segundo es una presencia real por antonomasia. «Por tanto, subrayando el contexto *eclesial y relacional* de la Eucaristía, y su carácter como *acción* lingüística y significativa (más que una presencia extralingüística) uno puede empezar a superar la lógica del signo secular derrideano»⁶⁰.

59 *Ibid.*, 163.

60 *Ibid.*, 164. Recuerda así que la presencia eucarística está íntimamente unida a la acción memorial, si bien no se limita a esta. Tiene también una ineludible dimensión ontológica. Por eso la transignificación –tomada en sí misma y aislada– resulta insuficiente. En el caso de la transustanciación, pregunta: ¿supone un *approach* fideísta que olvida los sentidos? ¿Debemos negar las evidencias que proceden de nuestras percepciones?, ¿o más bien superar un mero sensorialismo y psicologismo con una razón ampliada por la fe? Dado el escepticismo dominante, la propuesta de la transustanciación supone todavía un desafío, pues existe «una discontinuidad y una ruptura entre el pan y el Cuerpo, y el vino y la Sangre».

«Además, las apariencias de pan y de vino no suponen meras ilusiones», pues constituyen indicadores de su presencia. «Por medio de la recepción creyente de la Eucaristía, podemos apreciar estos elementos (*sorroundings*) como posibles vehículos de lo divino. [...] Si el pan y el vino pueden ser vehículos para los divinos Cuerpo y Sangre, entonces hemos de asumir que nada es de modo exhaustivo como parece». Por eso es necesario un «escepticismo bueno (*benign*) sostenido por la fe» en una presencia escondida de Cristo entero, «que podría vencer del todo al más amenazador de los escepticismos filosóficos» (*ibid.*, 165).

En este sentido, encontramos un contraste equilibrado entre creer lo que nos viene por la fe, y desconfiar de lo que nos dicen los sentidos: *visus, tactus, gustus in te fallitur*,

La afirmación aparentemente absurda de «esto es mi cuerpo» viene justificada por el tono y el contexto íntimo y litúrgico en que es pronunciada. Participamos del acontecimiento fundante por medio de la palabra y el lenguaje: «somos *concelebrantes del acontecimiento* en cada palabra que decimos»⁶¹. Faltaría aquí sin embargo una referencia al contexto apostólico y sacramental en el que son pronunciadas estas palabras: no toda palabra tiene el mismo valor, poder o significado. La teóloga de la Escuela de Cambridge realiza todo un desarrollo en la línea de la filosofía del lenguaje, no siempre fácil de seguir, en el que explica que el sacerdote dice «esto es mi cuerpo» (y no dice: «este pan no es pan») ante algo que se presenta como pan «de modo manifiesto». Aquí el juego del lenguaje se convierte en algo contraintuitivo, en un verdadero desafío para el propio conocimiento experiencial. Hace falta algo más: es necesario trascender las meras apariencias.

De aquí el salto necesario de lo fenoménico a lo sustancial, podríamos decir. Nos hace mirar hacia algo que trasciende nuestros sentidos y nos lleva a un conocimiento distinto. «Entonces, cuando el Aquinate afirma que la transustanciación ha actuado de tal manera que los accidentes del pan y del vino no obstante permanecen, se podría decir que se está remitiendo al uso peculiar de la gramática del lenguaje de este uso del nuevo testamento»⁶². «Transustanciación» sería sinónimo de «esto es mi cuerpo». Tal afirmación va en contra del *common sense* y apunta al milagro producido –afirma Peacock, remitiendo STh III, q. 80, a. 4 (aunque este texto se refiera a la recepción del sacramento en pecado)– por el «deseo» de la presencia, con lo que propone un acercamiento emocional a la realidad eucarística. En este sentido, resulta útil ver cómo la Eucaristía está íntimamente unida a los *human desires*, tal como viene expresado en la liturgia, si bien esto

resumía Tomás de Aquino. Las especies sacramentales serían como una señal que indicara «Londres», hacia una realidad realmente existente: la capital del Reino Unido. En el signo eucarístico se contendrían ambos: señalación y realidad señalada.

61 *Ibid.*, 167.

62 *Ibid.*, 168.

no implica desde luego que la presencia dependa exclusivamente de ellos⁶³.

Así, hemos de pasar por tanto de una *mimesis* litúrgica a una verdadera *anamnesis* sacramental (de la representación a la representación), en la que se actualiza y hace presente toda la pascua del Señor; es decir, hemos de trascender «una lógica narrativa de la imitación» hasta llegar a «una lógica metafísica de la participación» –de lo simbólico a lo real–, sin renunciar a ninguna de estas dos dimensiones. Se da así una elevación de nuestros sentidos y disposiciones para enfrentarnos al gran misterio; lo emocional se une con lo racional, y lo individual con lo social o comunitario. Pero es necesaria una acción añadida –venida de lo alto– para que el deseo se convierta en realidad: «para nosotros desear el cuerpo de Cristo en la Eucaristía, según el Aquinate, debe ser algo no solo oculto, sino también –en cierta medida– ofrecido»⁶⁴.

Es interesante ver cómo esta autora aborda la cuestión no solo de modo racional y metafísico, sino también emocional y psicológico, planteando una unidad entre ambas dimensiones. Sin embargo, a veces da la impresión de una mayor insistencia en esta última dimensión; si bien queda clara la complementariedad, no siempre lo es la prioridad. Recuerda igualmente la teóloga anglicana de la *Radical Orthodoxy* que esta presencia solo puede darse gracias a un milagro, análogo al de la conversión del agua en vino en Caná, por el que se transforman también –de un modo igualmente análogo– todas las realidades humanas. Apunta también aquí de nuevo Pickstock a la teoría tomista del *sine subiecto*, a pesar de ser esta una explicación que no está contenida en la fe de la Iglesia. Más bien los accidentes subsisten en Dios, en Cristo, en su sustancia. En fin, siguiendo a Agustín, recuerda que la Eucaristía es alimento que nos transforma en sí mismo: «somos incorporados a la comida»⁶⁵.

63 Cf. *ibid.*, 168-170. Además en STh III, q. 75, a. 1, Tomás de Aquino habla de que solamente por la fe podemos conocer que, en la Eucaristía, Cristo está realmente presente, lo cual Pickstock entiende como el deseo de Dios.

64 *Ibid.*, 172.

65 *Ibid.*, 175.

A pesar de ser tan solo explicaciones privadas, estos y otros acercamientos –un tanto provocadores en ámbito anglicano– podrían suponer una nueva oportunidad para el diálogo ecuménico en sede teológica. ¿Entendemos bien el concepto de transustanciación como una transliteración de las palabras del Señor: «esto es mi cuerpo»? he aquí la cuestión propuesta. Ambas partes hemos de realizar un nuevo esfuerzo de comprensión. El tiempo, la paciencia y la esperanza juegan a favor de una eventual profundización mutua, y también una cierta dosis de «escepticismo bueno» –un tanto británico– que dejaría las ventanas abiertas al misterio. Así, para terminar esta propuesta, podríamos recordar las palabras de alguien que dio el paso necesario para situar el problema en sus justas dimensiones. En la Inglaterra del siglo XIX san John Henry Newman (1801-1890) afirmaba al referirse al concepto de la transustanciación:

«Hay quienes dicen que la doctrina de la transustanciación es difícil creer [...]. Concedo que sea *difícil y hasta imposible de imaginar*, pero ¿por qué ha de ser difícil de creer? [...] Yo no puedo probar ese misterio, no puedo decir cómo es; pero me pregunto: ¿por qué no podría ser así?, ¿qué lo impide?, ¿qué sé yo de la sustancia y la materia? Lo mismo exactamente que los más grandes filósofos: nada en absoluto. [...]». La doctrina católica deja a un lado los fenómenos. No dice que los fenómenos desaparezcan; dice, por el contrario, que permanecen; dice [además] que estos fenómenos se dan a la vez en varios lugares. Trata de lo que nadie sobre la tierra sabe una palabra: sobre las mismas sustancias materiales»⁶⁶.

Pablo Blanco Sarto – Óscar Garza Gaincoa
Universidad de Navarra
pblanco@unav.es

66 J.H. NEWMAN, *Apologia pro vita sua* (1864), Encuentro, Madrid 1977, 188; subrayado nuestro. En respuesta a la confutación de Fausset de la doctrina eucarística contenida en los *Remains* de Froude y en algunos tractos, Newman escribió en 1838 «A Letter to the Rev. Fausset on certain points of faith and practice on Mr. Froude statements concerning the Holy Eucharist», en *The Via Media of the Anglican Church*, Longmans, Green, and Co., London-New York-Bombay and Calcutta 1908, II, 187-250. «Without limiting our Lord's presence to the consecrated elements, it seems nothing but the truth to say that they are His immediate antecedents; so what whoever in faith receives them, at once and without assignable medium, is gifted with His Presence who is on God's right hand. As the breath is the immediate forerunner of the voice, as the face is the image of the soul, as a garment marks a bodily presence, so, I conceive, the elements are the antecedents of His Body and Blood...» (*ibid.*, 230-231).

SUMARIO

En estas líneas abordamos lo que ha sido llamado el *punctum dolens* del diálogo teológico sobre la Eucaristía entre anglicanos y católicos. La cuestión de la presencia real es abordada una y otra vez en los documentos ecuménicos, intentando hacer frente a la condena anglicana de la doctrina de la transustanciación. Analizamos pues este tema particular en el diálogo oficial anglicano – católico-romano a lo largo de los distintos documentos surgidos a partir del Vaticano II. Terminamos en fin el presente estudio con un acercamiento a este difícil tema a dos profesoras de Cambridge (Ascombe, Pickstock), que tal vez ofrecen nuevas esperanzas en el diálogo sobre la naturaleza de la presencia de Jesucristo en la Eucaristía.

Palabras clave: Diálogo, Eucaristía, Presencia real, Transustanciación.

ABSTRACT

In these lines we address what has been called the *punctum dolens* of the theological dialogue on the Eucharist between Anglicans and Catholics. The question of the real presence is mentioned again and again in the ecumenical documents, trying to face the Anglican condemnation of the doctrine of transubstantiation. We therefore analyze this particular topic in the official Anglican - Roman Catholic dialogue along the different documents that emerged from Vatican II. Finally we finish the present study to this difficult topic with an approach to two Cambridge women (Ascombe, Pickstock), which perhaps offer new hope in the dialogue about the nature of the presence of Jesus Christ in the Eucharist.

Keywords: Dialog, Eucharist, Real Presence, Transubstantiation.